

y se amortigua paulatinamente según el ancho depósito va llenándose; cuando éste rebosa, el ruido se apaga. Así el humano corazón, conforme va derramándose en sus profundos — resonantes primero, silenciosos más tarde,—el chorro bullente de la Vida. Pero, decidme, vosotros, los ancianos, los que de mozos supisteis cabalgar a rienda holgada sobre los potros—fuego y pólvora—de la ilusión; vosotros los imprevisores, los díscolos, que, sin conocer “el miedo al mañana”, disteis hospitalidad en vuestro ánimo generoso a todos los latidos de la curiosidad y de la ambición, ¿no sentís ahora, ahora que son de lino vuestros cabellos y vuestras manos empiezan a temblar, la satisfacción orgullosa de haber vivido plenamente?.....

Un viaje largo equivale a un buen libro; también vale un amor. No creo haya momentos que draguen el espíritu, ni superen en emoción estética a aquellos en que los trenes lanzan su clarineo de despedida, o los trasatlánticos, magníficos bajo la gallardía religiosa de sus chimeneas humeantes, retiemblan con el esfuerzo de los molinetes que levantan las anclas. Son los caminos cual índices elocuentes que, imperativos, nos señalan un rumbo, como puentes de maravilla tendidos de un horizonte a otro, y entre todos componen alrededor del planeta una especie de “red nerviosa” por donde circulan las palpitaciones sin guarismo de la vida universal. Y, mientras recorre esas rutas que la diosa Aventura embellece con el iris de su sonrisa enigmática, el viajero acaricia la visión de amores extraños, de empresas descomunales y hazañosas; y, por ensalmo, su existencia, soñolienta quizá hasta entonces, adquiere una trepidación novelesca que agudiza sus sentidos y sirve de excelente gimnasia a su voluntad. Es cierto que, al final de todo viaje, siempre hay una pequeña decepción nacida de aquel vicioso prurito que la fantasía tiene a la hipóbole; y así, a

rendir la jornada, nos parece que Roma no es tan “solemne” como nos habian dicho; ni París tan “loco” como asegura la leyenda dorada de sus aventureros; ni los bosques americanos tan frondosos y tupidos como los descubrieron sus exploradores. ¿Qué importa?... ¿Quién, al terminar la lectura de un libro, no sufrió un ramalazo de hastío; ni quién dejó de beber en los pozos del más ciego amor, un poco de amargura?...

No pretendo con esto repetir en los diversos pueblos la maldición secular a que la raza judía se halla sujeta: sólo afirmo que el hombre, cuando ha terminado de aprender la carrera u oficio que han de procurar-le el sustento, debe salir de su patria, levantar su tienda de nómada trabajador donde le pete, buscando, sin recelo a nada, los climas y las civilizaciones más opuestas, y procurarse así la noble satisfacción de poder decir: “En todas partes, gracias a mi laboriosidad, hubo para mí un lecho, un vaso de vino y un pedazo de pan.” Este éxodo debe comenzar alrededor de los veintitrés años, edad preciosa en que las verticales energías de la virilidad plena, se aunan a la flexibilidad y simpáticas condiciones de asimilación y adaptación de la juventud; y no terminar antes de los treinta y cinco, época la más idónea para constituir un hogar, trazarse un porvenir y aplicarse a la buena crianza de los hijos.

Muchas veces, entre los comerciantes especialmente, hallamos hombres respetables, ricos, circundados de positivo bienestar y padres de numerosa prole, y en cuyas almas, sin embargo, abierta como una herida, bulle una inquietud. A cada momento sueñan dejar su escritorio para realizar un viaje largo; se aburren; quieren ver, embellecer sus días posteriores con el ramillete esplendoroso de la realidad, infinitamente variada y pródiga; y de pronto, ante la hermosura de una puesta de sol, sus ojos, envejecidos sobre las arideces del Diario y del Mayor, se arrasan en lá-